

“De traslados lingüísticos, viajes exóticos y peregrinaciones literarias”.

Cartas escritas en Suecia, Noruega y Dinamarca de Mary Wollstonecraft.

Selección, traducción y prólogo de Gabriela Villanueva Noriega.

Ciudad de México: UNAM, 2024.

ANA CLARA CASTRO SANTANA

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

anaclaracastro@filos.unam.mx

ORCID: 0000-0002-0985-3849

En el jardín que circunda a la iglesia de St. Pancras, en el barrio de Camden, Londres, a unas cuadradas de la Biblioteca Británica, se alza una sencilla y deteriorada lápida mortuoria. De un lado puede leerse (casi adivinarse) el nombre de William Godwin, autor de *Justicia política*. En el otro costado del pequeño prisma cuadrangular, la desgastada inscripción reza “Mary Wollstonecraft Godwin. Author of *A Vindication of the Rights of Woman*. Born 27th April 1759. Died 10th September 1797”. Sobre el bloque de cemento yacen algunos modestos tributos que sus admiradores dejan como evidencia de su visita y como pequeño homenaje a la pareja más famosa de la filosofía dieciochesca: ramitas, flores, piedras, monedas, cucharas, anillos. La abundancia de chucherías sobre la superficie mohosa sugiere que el mero gesto de colocar algo tangible y dejarlo allí, por el tiempo que dure antes de que los elementos naturales lo desplacen o lo consuman, de algún modo les (nos) hace sentir más cerca de figuras que son fuente de inspiración, blanco de devoción y repositorio de cariño. Aunque una discreta nota, colocada sobre un mapa a la entrada del cementerio, advierte que, si bien la tumba permanece, los restos mortales de la imperecedera Wollstonecraft y su esposo ya no descansan allí, pues fueron trasladados a otro camposanto en el puerto de Bournemouth, el sitio sigue siendo una ansiada meta para quienes practican el peregrinaje literario de corte necrofílico.

Y es que no se trata sólo del sepulcro de dos fascinantes luminarias intelectuales de su tiempo. Es un lugar acechado por fantasmas anecdóti-

cos, historias que, con los años, se han transformado en leyendas, embellcidas y deformadas por las murmuraciones que siempre han envuelto a los Wollstonecraft-Godwin-Shelley.¹ Se dice, por ejemplo, que fue en esa mismísima losa donde la pequeña Mary Godwin-Wollstonecraft (futura Mary Shelley, autora de *Frankenstein* y de otra media docena de novelas, así como editora de la poesía póstuma de su esposo) aprendió a leer, siguiendo con sus dedos —guiados por la mano de su austero padre— los trazos con la inscripción del nombre de su madre. Otros rumores aseguran que, varios años más tarde, ese rincón del cementerio se convirtió en el peculiar *locus amoenus* donde se consumó el romance entre la joven Mary y el poeta romántico Percy Bysshe Shelley, quien, a partir de ese momento y hasta su muerte, sería su inseparable compañero de vida y (des)venturas.

Volviendo a la primera Mary, la gloriosa Wollstonecraft, cuyo cuerpo solía reposar en St. Pancras, y de quien la lápida nos recuerda el título de su libro más famoso, la *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792), es importante señalar que su legado literario trasciende esa piedra angular del feminismo moderno. Wollstonecraft escribió muchas otras obras, tanto ensayísticas como de narrativa, que en su momento fueron parteaguas intelectuales, y que siguen siendo cruciales para el comentario social y filosófico de nuestros días. Entre ellas, destacan sus *Reflexiones sobre la educación de las hijas* (1787), *La novela de María* (1788), y su *Vindicación de los derechos del hombre* (1790) —respuesta progresista a la reacción conservadora de Edmund Burke ante la Revolución Francesa— además de su inacabada novela final, *María, o los agravios de la mujer* (1798) —pieza que ilustra, con todo el potencial radical de la ficción, los puntos teóricos expuestos en su defensa de los derechos de las mujeres.

Mas, si se desea conocer en su dimensión más personal a la mujer que plasmara con toda elocuencia aquellas importantes elucubraciones sobre la (imperiosa necesidad de reformar la) educación femenina, es preciso allegarse a un volumen de título largo y difícil de recordar con exactitud (y, por ende, fácil de mal citar), que, por conveniencia, suele reducirse a

¹ Quizá el mejor y más detallado recuento de todas estas historias, bien sustentado en investigación documental, es el libro de Charlotte Gordon, *Romantic Outlaws: The Lives of Mary Wollstonecraft and Her Daughter Mary Shelley* (Nueva York: Random House, 2015), ganador del National Books Critics Circle Award for Biography y el Goodreads Choice Award Nominee for History and Biography. Fue traducido al español por Jofre Homedes como *Mary Wollstonecraft y Mary Shelley, proscritas románticas* (Circe, 2018).

Cartas escandinavas (1796).² Una antología de estas epístolas se publicó recientemente en la colección “Pequeños grandes ensayos” de la UNAM, bajo el título *Cartas escritas en Suecia, Noruega y Dinamarca*, con una excelente traducción al español a cargo de Gabriela Villanueva Noriega. Esta cuidadosa selección de misivas ensayísticas viene acompañada de un prólogo que nos introduce al marco emocional y el horizonte intelectual que se vislumbra en las observaciones cotidianas de las cartas. Este ensayo preliminar resalta también la cualidad evocativa del lenguaje de Wollstonecraft, capaz de crear imágenes tan vívidas y cargadas de tensión que, con frecuencia, sorprenden al lector y movilizan sus afectos. Al mismo tiempo, el prólogo no idealiza a la autora, sino que nos invita a notar las ambivalencias discursivas y actitudinales que hacen de las *Cartas* “un documento literario tan particular” (23), donde se ejemplifican las contradicciones del pensamiento ilustrado, una supuesta herramienta de liberación muchas veces transformada en instrumento de dominio.

El prólogo ofrece también una contextualización histórica, cultural y estética que se posiciona en contra de leer la obra de Wollstonecraft a través del filtro de su (a menudo escandalosa) biografía, así como de interpretar las *Cartas* únicamente a partir de la anécdota que envuelve al viaje y da origen al intercambio epistolar: su relación sentimental en fase terminal con Gilbert Imlay —padre de su primera hija, Fanny—, información circunstancial que suele eclipsar el contenido de los escritos. Como señala Villanueva: “la tendencia en la historia literaria a valorar y juzgar las obras escritas por mujeres exclusivamente a partir de su biografía ... ejerce una forma sutil de borradura de su labor profesional” (15). Si las *Cartas* se leen sólo desde esa perspectiva, “el ‘despecho’ de Wollstonecraft ante el rechazo de Imlay cobra ... más importancia que la mención explícita que hace del impacto que le han provocado las historias sobre las atrocidades cometidas en Francia que la llevan a confesar que siente envidia de las madres francesas, muertas al lado de sus hijos e hijas” (16-17). No hay que olvidar, desde luego, que Wollstonecraft escribe sus notas de viaje por Escandinavia tras una larga estadía en la Francia posrevolucionaria, donde se estableciera para atestiguar de primera mano el proyecto libertario más atractivo de su siglo. De este modo, el régimen del terror en Francia y la ola de conservadurismo desatada en Inglaterra por la revolución resuenan

² El título original completo es *Letters Written During a Short Residence in Sweden, Norway and Denmark* [Cartas escritas durante una residencia breve en Suecia, Noruega y Dinamarca].

con igual fuerza en el abatimiento de la voz autoral que su desencanto por la inconstancia de Imlay y su obsesión por acumular riquezas, empresa fallida que da lugar al recorrido de Wollstonecraft por Suecia, Noruega y Dinamarca.³

En la selección que realiza Villanueva para “Pequeños grandes ensayos”, se privilegia el ángulo filosófico y de crítica social que permite leer las *Cartas* no sólo como memoria autobiográfica y testimonio de una visita real, sino también como la propuesta estética de Wollstonecraft frente al género de la literatura de viajes, y, en específico, a la crónica viajera narrada mediante epístolas íntimas concebidas para hacerse públicas. Tal modalidad ofrecía la posibilidad de adoptar una postura de candor, desde la cual se podían hacer comentarios en apariencia inocentes, pero muchas veces cáusticos, sobre las costumbres y valores de la sociedad visitada, mientras, por implicación, se exponían las deficiencias de la propia nación de origen. Como apunta Villanueva, en estas cartas “vemos a Wollstonecraft asumir el papel de una viajera ilustrada que juzga el mundo a través de una única escala de progreso, con la soberbia característica de los viajeros filosóficos de esa época, que suponen que todas las culturas son inferiores a la suya, para unas páginas más adelante poner en tela de juicio esta escala única, a través de la reflexión sobre la relatividad de las costumbres nacionales” (23). En efecto, las *Cartas* son el recuento de una expedición literal a través de locaciones entonces consideradas remotas e inhóspitas, que sirve como punto de partida para un viaje figurativo por las regiones oscuras de la naturaleza humana, las condiciones materiales que la determinan, las relaciones de poder entre individuos y las desigualdades sociales que, por lo general, se hacen sentir con mayor rigor en el lado femenino del binario hombre-mujer.

La traducción de Villanueva preserva el estilo de Wollstonecraft, en el que la racionalidad se fusiona con la emotividad y las descripciones objetivas dan pie al desborde imaginativo, mientras comunica con fidelidad el tono irónico que suele permear las observaciones de la autora, cuyo mordaz sentido del humor parece no abandonarla ni en sus momentos de mayor turbación. De este modo, la traducción transmite con éxito lo que, con

³ Wollstonecraft se embarca hacia aquella región boreal para indagar el paradero de un cargamento de plata que le habían robado a Imlay. Gordon narra cómo, en los documentos privados de Wollstonecraft, se hace patente la desilusión que ésta experimenta frente a lo que juzga como la creciente avaricia de Imlay, quien se empeña en aumentar su capital por medio del comercio, en vez de concretar el retiro utópico a la campaña norteamericana que le propusiera al principio de su relación (*Romatic Outlaws*, capítulo 18).

toda vaguedad y a falta de un sustantivo más apropiado, podría describirse como la “esencia” de las cartas originales. En esta versión, el traslado del inglés dieciochesco al español contemporáneo sorteaa ágilmente los potenciales tropiezos semánticos, pero también conserva algo de la sintaxis sinuosa y perifrástica, característica de aquella época. La propensión al circunloquio y otras formas de errancia lingüística son, además, rasgos distintivos de Wollstonecraft, quien, para congoja de su puntilloso marido, Godwin, desdeñaba las reglas estrictas de redacción y gramática en favor de un estilo más natural, que permitiera traslucir los procesos mentales y la mutabilidad de las emociones.⁴ Un ejemplo claro de este modo de escritura, preservado en la traducción, es la carta XV, en la que se detalla una experiencia sublime (adjetivo que en el uso de entonces denotaba una combinación de lo bello, lo ominoso y el placer mezclado con terror que podía provocar la naturaleza): la contemplación de una cascada. Villanueva escribe, traduciendo a Wollstonecraft:

El golpe impetuoso del torrente, que salía estrellándose entre las oscuras cavidades y se burlaba de los ojos curiosos, producía esa misma actividad en la mente: mis ideas iban de la tierra al cielo y me hacían preguntarme por qué estaba atada a la vida y su miseria. Aun así, el tumulto de emociones que provocaba este objeto sublime era placentero, y, ante el espectáculo, mi alma se alzaba con renovada dignidad por encima de sus penas —arañando apenas la inmortalidad—; me parecía igual de imposible detener el flujo de mis pensamientos que frenar este torrente frente a mí —siempre cambiante, siempre igual—. Extendí mi mano hacia la eternidad, por encima del oscuro porvenir que se abría frente a mí (139-140).

Esta vívida descripción ilustra la tendencia de Wollstonecraft a realizar reflexiones filosóficas (en este caso sobre el vaivén de los pensamientos y la inexplicable atracción hacia lo destructivo) a partir de experiencias sensoriales concretas, y también funciona como marco visual y conceptual para el prólogo a la traducción. Al inicio, Villanueva nos invita a imaginar a la autora observando y dejándose absorber por la caída del agua, conteniendo apenas el deseo de lanzarse a ella; para cerrar, nos la pinta como

⁴ Gordon narra, por ejemplo, cómo, al principio de su relación romántica con Godwin, Wollstonecraft le solicitaba a éste asesoría estilística, pero, más adelante, la autora opta por seguir sus propias intuiciones de redacción, liberándose de la racionalidad excesiva, como una forma de ejercer su independencia intelectual y también doméstica (*Romantic Outlaws*, capítulos 28 y 32).

“una equilibrista que tiende una cuerda floja sobre un precipicio entre dos monumentales riscos... La vemos tambalearse, asumir distintas posturas, no todas ellas elegantes, y balancearse entre la vida y la muerte para finalmente elegir la continuidad de la vida en la escritura” (25). Y, en efecto, es gracias a que, tras su audaz acto de equilibrio, Wollstonecraft logra cruzar al otro lado —donde la esperan un par más de años de vida y creación, antes de sucumbir a la fiebre puerperal derivada del alumbramiento de su segunda hija— que hoy podemos escuchar su voz (melancólica y sarcástica, pero también cándida y optimista) en las *Cartas*, en su novela póstuma y en los sublimes (en el sentido dieciochesco del término) relatos de su talentosa hija Mary, la madre de *Frankenstein*, o *el Prometeo moderno*. Alejándose del morbo que con frecuencia contamina los recuentos de vidas que coquetean con el suicidio, la caracterización casi fotográfica que hace el prólogo de Villanueva sobre Wollstonecraft en toda su vulnerabilidad —pero también en su gran fortaleza— sintetiza los variados matices que colorean el viaje relatado en las cartas.

Así, esta selección y traducción de las *Cartas escandinavas* para “Pequeños grandes ensayos” nos muestra a Wollstonecraft como una fascinante madeja de contradicciones, imposible de reducir a una única figuración. Su elusividad y propensión —a menudo deliberada— a colocarse en el centro de la controversia pública han subsistido más allá de su muerte y de las páginas que llegó a escribir. Con esto no me refiero a la breve biografía —de la que el prólogo habla con detalle— que Godwin le compusiera a Wollstonecraft poco después de su muerte, donde, en su afán por presentarla al mundo tal y como era (o como él la concebía), terminó arruinando por completo su reputación en una época que juzgaba con crueldad implacable a cualquier mujer que osara transgredir sus rígidas normas, trayendo al mundo un hijo o hija fuera del matrimonio (no así al padre, igualmente responsable de la existencia de aquel nuevo ser). Me refiero a una polémica mucho más reciente: la de la costosa estatua conmemorativa creada por Maggi Hambling en 2020, develada en el barrio londinense de Newington Green, donde Wollstonecraft fundara una escuela-internado para niñas, que ostenta a una figura femenina desnuda surgiendo de una suerte de pedestal amorfo.⁵ A 228 años de su muerte, este peculiar monumento, al igual que la autora y sus obras, divide opiniones en cuanto a la necesidad

⁵ Algunas apreciaciones de la controvertida pieza pueden leerse aquí: <<https://artreview.com/why-is-maggi-hambling-mary-wollstonecraft-statue-so-weird/>; <https://www.bbc.com/news/uk-england-london-54886813>; <https://www.liverpool.ac.uk/history/blog/2020/mary-wollstonecraft/>; <https://www.theguardian.com/books/2020/nov/10/mary-wollstonecraft/>

de apegarse a lo tradicional o apostar por lo novedoso, privilegiar lo emotivo o lo racional, expresarse en términos abstractos o concretos, destacar la importancia (o irrelevancia) del género de un escritor, decantarse por el radicalismo o el decoro. Guste o no, la extraña escultura plateada, es, como las *Cartas escandinavas*, y como la tumba vacía que continúa siendo visitada, evidencia elocuente del extraordinario magnetismo y la naturaleza huidiza de la incansable Mary Wollstonecraft.

ANA CLARA CASTRO SANTANA

Investigadora del Centro de Poética del IIFL y profesora del Colegio de Letras Modernas de la FFYL, ambos cargos en la UNAM. Estudió la licenciatura y maestría en Letras Inglesas en la UNAM y el doctorado en Literatura Inglesa en la Universidad de York, Reino Unido. Entre sus publicaciones destaca su libro *Errors and Reconciliations: Marriage in the Plays and Novels of Henry Fielding* (Routledge, 2018), así como diversos artículos de investigación y capítulos de libro sobre literatura y cultura de la modernidad temprana. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores desde 2016. Sus intereses docentes y de investigación son amplios, aunque pone énfasis especial en las relaciones entre acontecimientos histórico-sociales y las manifestaciones literarias de los siglos XVII al XIX

craft-finally-honoured-with-statue-after-200-years; <https://www.euronews.com/2020/11/11/monument-to-icon-mary-wollstonecraft-criticised-for-nudity>>.